

POLITICA

PROCESO POLITICO: TENDENCIAS Y ACTORES

El comportamiento de los protagonistas. Predominio del sector económico. Liberalismo, nacionalismo, autoritarismo y corporativismo. Los profesores extranjeros. Prensa denunciante y buena prensa. "Empate" en el gabinete. El comportamiento del Presidente y las FF.AA. Partidos políticos. Los salvadores de la patria. Maquiavelo.

Un mes lleno de conjeturas políticas, que culminaron con el discurso pronunciado por el Presidente ante los Altos Mandos, y la proximidad al fin de año, hacen necesario intentar una explicación de las tendencias existentes en el proceso político del país y confrontar el comportamiento de los actores. Estos últimos se encuentran dentro y fuera del gobierno o de lo que se ha dado en llamar la estructura del nuevo Estado construido por los revolucionarios. De esta manera, las tendencias tienen que ver:

— Con la personalidad del presidente y de sus ministros.

— Con la intervención predominante de las fuerzas armadas.

— Con la participación directa o indirecta de diversos grupos de intereses económicos, sociales y culturales.

El relevamiento de ese amplio panorama de actitudes y comportamientos, de intereses e ideologías circulantes, de presiones y contrapoderes, excede las posibilidades de este comentario, pero intentaremos la exploración de algunos de los aspectos señalados.

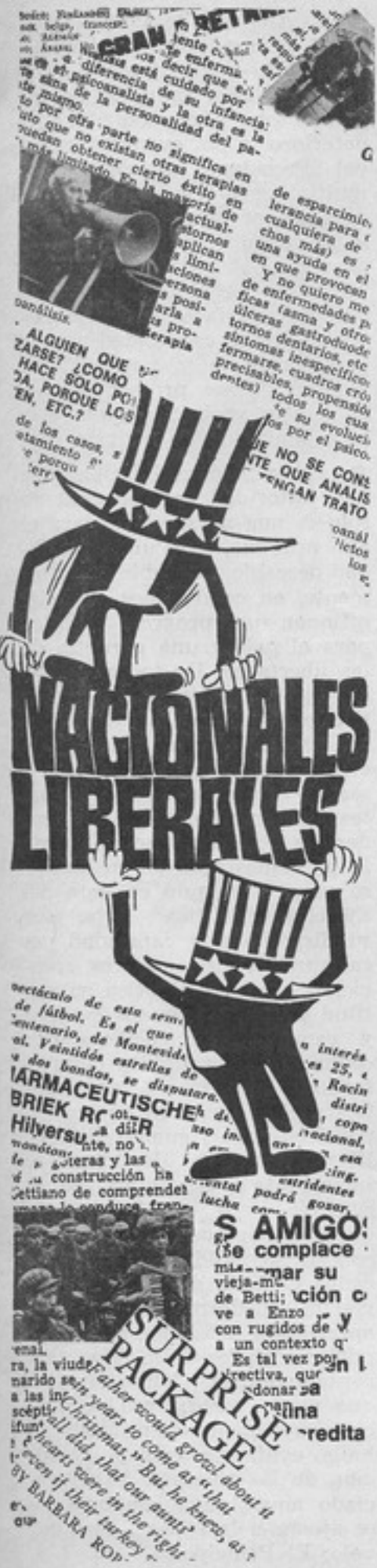
El año termina con dos características fundamentales: acentuado predominio de la política económica sobre las demás;

amenaza de crisis en el sector político por gravitación de circunstancias diversas y confusas.

La primera característica se debe a la prioridad de lo económico, otorgada por la apreciación de la situación nacional que surge de los documentos revolucionarios. Esto significa que por una convergencia de factores, la prevalencia de lo económico condiciona otros criterios de gobierno y pone en el candelero a quien es protagonista principal de aquello: el ministro Krieger. El gobierno revolucionario descansa en buena medida en el éxito de la política económica, lo que equivale a decir que apuesta su futuro a esa alternativa. Si esa política fracasara, el deterioro del gobierno revolucionario sería notable y por lo tanto estaría amenazada su estabilidad. Podrían exponerse varias razones. La más inmediata es que la revolución se hizo en nombre de la eficiencia, y si no satisface ese valor que ha puesto en lugar tan principal, pierde puntos en el esfuerzo por justificarse ante una opinión pública expectante y sin ganas de participar con entusiasmo en un proceso hasta ahora frío y racionalizador. El predominio del sector económico se manifiesta, asimismo, a través del énfasis que se pone en la estabilización monetaria, la aper-

tura de la economía con sentido competitivo, la promoción de las inversiones sobre todo en la infraestructura. La política económica tiene a su favor la presencia de un ministro con personalidad, rodeado de un grupo de hombres con experiencia, y la buena disposición del "establishment" económico-financiero tanto nacional como internacional. Eso da a sus protagonistas indudable fuerza y los muestra con un aceptable margen de maniobra, que puede ampliarse luego del viaje proyectado por el ministro Krieger a Europa. Tiene en su contra o bien inspira reservas, no sólo en varios puntos claves de su éxito —la estabilización, las inversiones, la estabilidad del salario real, etc.—, sino en el grado de dependencia que dicha política puede suponer para la Argentina en más de un campo. La gravitación del capital extranjero en el país, tema difícil si los hay, y sobre el que no deseamos volcar la artillería mitológica pero que sería ingenuo ignorar, es un problema capaz de complicar, incluso, la solución política que el país desea.

Frente al equipo económico que, con las reservas importantes señaladas, ha demostrado eficacia en su acción y en su trabajo a nivel nacional como internacional, se encuentra el equipo político, acotado seria-



mente por el proceso, sin aparente capacidad para demostrar ideas claras respecto del horizonte institucional del país y asediado también por problemas de "currículum". Si el equipo económico se presenta como uno de los baluartes del "liberalismo", el equipo político es sospechado de autoritarismo y corporativismo. El conocido episodio de los profesores extranjeros demuestra hasta qué punto la opinión política se encuentra hipersensibilizada y en qué medida en la Argentina no importa a la gente tanto qué cosas se dicen sino quién las dice. Lo que le sucede al equipo político es que no sólo puede hacer poco de eficaz en un proceso en el que impera la "tregua política", sino que carece de apoyo exterior al gobierno en torno de lo que expone. La mayor parte de la prensa ha denunciado las denominadas tendencias corporativas de dicho equipo y éste padece el condicionamiento del pasado que corresponde a la historia personal de sus integrantes. No se hace cuestión de su honorabilidad, sino del horizonte de sus creencias políticas. Y es desde el horizonte —es decir, de lo que se cree que van a hacer— que llueven las críticas. A su vez, el nacionalismo exterior al equipo situado en el ministerio del Interior, sobre todo, se muestra agresivo y cáustico, pues califica a sus viejos colegas ideólogos de traidores, o poco menos. No sería incorrecto señalar, pues, que mientras el equipo económico tiene buena prensa, gran apoyo del "establishment", coherencia y notable capacidad para las relaciones públicas, el equipo político carece de apoyo "logístico", no ha dejado amigos decisivos fuera de la estructura del nuevo Estado, no tiene prensa, y es sospechado por tendencias y actitudes que en buena medida le viene del pasado.

nisterios. El de Defensa, afín al económico; el de Bienestar Social, lucha por lograr equilibrio en la equidistancia; el de Relaciones Exteriores, en una situación intermedia sin embargo más inclinada hacia el sector económico que al político. Sobre esas líneas de tensión se ha declarado abierto el combate entre "liberales" y "nacionalistas", que viene a reemplazar, a poco de iniciada la revolución, la antinomia peronismo-antiperonismo. Debate equívoco, capaz de suscitar resistencias absurdas y de evocar posiciones tajantes y fácilmente discernibles que ninguno de los sectores exhibe en realidad. Porque los "liberales" que realmente gravitan desde el poder no son, ciertamente, los liberales ortodoxos que todavía circulan en grupos de intereses y en medios de información, pero que carecen de capacidad suficiente para respetar y controlar —y por lo tanto usar— el Estado como factor dinámico y decisivo de la política contemporánea, sobre todo en América Latina. En rigor, la estructura del Estado creado por la revolución está ocupada por un "neoliberalismo" que, en cuanto es nuevo, supone una adaptación a los tiempos, y en cuanto es liberalismo, vive una suerte de tensión entre ciertos discutibles principios del liberalismo económico y las exigencias de una política nacional que sea, al mismo tiempo, moderna y sin mentalidad de campanario. Los "nacionalistas", por su lado, conforman un equipo heterogéneo, animado por líneas apropiadas a la actual tregua política, pero hasta ahora insuficiente en la formulación del proyecto político deseable para la Argentina. Es probable que estén lejos de aspirar a un anacrónico e inconcebible corporativismo, pero es indudable que deben demostrarlo y que están llamados a neutralizar la acusación de ineficiencia que los sectores opositores le adjudicarán junto a las connotaciones autoritarias que les atribuyen.

Entre ambos equipos se encuentran los restantes mi-

Si planteada esa suerte de "empate" que se deduce de la fisonomía del gabinete, el fin del año sugiere a los observadores que el mismo estaría a punto de quebrarse en favor de la línea neoliberal, aunque queda por saberse si el Presidente repetirá su actitud de hacer participar del gobierno a representantes de las dos tendencias con el fin de lograr un equilibrio natural en esta primera etapa eximida de política. Los sectores **externos** al gobierno revolucionario van tomando posiciones. Los empresarios adhieren en su mayoría a la línea del equipo económico aunque discutan medidas; los sindicatos se dividen entre quienes se oponen al gobierno —que son mayoría— y quienes intentan estimular una futura orientación popular de la revolución tendiendo un pontón que debería ser completado desde la ribera oficial. Hemos dicho ya que la prensa apoya los criterios liberales —sobre todo **políticos**— que pueden avizorarse en el gobierno y combate al antiliberalismo —político— que se atribuye a algunos de sus componentes. Entre tanto, tres partidos sortean cómodamente las normas disolutivas: los radicales, los peronistas y el que podría llamarse "partido de la revolución libertadora". Los dos primeros, por gravitación de su estructura nacional, que ningún decreto puede romper dado que son, al fin y al cabo, las dos únicas fuerzas políticas populares que restan. El tercero se manifestó en el homenaje a la Revolución Libertadora en la Casa de la Empleada, el 16 de setiembre pasado y demostró que representa al antiperonismo "duro", al "coloradismo" de las crisis militares recientes y al viejo liberalismo argentino, así como a los sectores socioeconómicos de mayor poder. Escaso en número, la composición del grupo revela su capacidad de presión y de "acción psicológica", eventualmente entre las fuerzas armadas.

El panorama debe ser completado con el comportamiento del Presidente ante las Fuerzas Armadas. Estas apoyan el proceso, pero también lo vigilan. La presencia del general Julio Alsogaray en el comando en jefe del Ejército subraya una línea de apoyo al equipo económico, que sin duda influye en la orientación general. Tal influencia se acentúa con la del embajador Alvaro Alsogaray, aparentemente uno de los "autores" civiles de la revolución y figura representativa del liberalismo económico. Sus posturas desde el exterior demuestran su decisión de incidir en el rumbo del proceso y de gravitar en cambios eventuales. No sólo es parte ponderable del "establishment", sino un hombre con vocación de poder que desdeña el costo político que su presencia implica.

El Presidente es el lugar de encuentro de la pirámide militar con la pirámide civil en la estructura del nuevo Estado. Nadie duda que su presencia es decisiva y que, cualquiera sea el grado de atracción que su personalidad ejerza, es deseable que su poder se consolide. La situación argentina es tan fluida y las ambiciones de poder circulante tan grandes y numerosas, que el deterioro de la autoridad presidencial volvería al país a la situación de anarquía que explicó la revolución.

Como el problema político se mantendrá en los primeros planos durante mucho tiempo, mientras se ventile la fisonomía institucional del futuro, es previsible que aumente la circulación de los "salvadores de la Patria". Incluso cabe esperar que reclamen un lugar viejos salvadores que carecen de todo atractivo popular, pero que se atribuyen insólitas condiciones patricias frente a cada grave crisis nacional. Pero si todo eso es previsible, es también claro que tal circulación es posible en tiempos de crisis, en los que la opinión de la mayoría no tiene señales de expre-

sión. En ese contexto, cualquier persona con un mínimo de sentido común y ajena a los litigios y a la ambición por el poder, sabe o presiente que el deterioro o la eventual caída del Presidente produciría la multiplicación de los pretendientes, conflictos sucesivos por la dominación y, en suma, la anarquía. A partir de ese momento la revolución revelaría una de sus facetas mezquinas, oculta por la estabilidad actual, pero presente y potencial en algunos de sus protagonistas o en gentes vecinas al poder: la pura ambición de poder.

Por eso, la consolidación de la autoridad presidencial no sólo es una perspectiva para el año próximo, sino una posibilidad deseable. Deseable, naturalmente, en condiciones que signifiquen un progreso político para el país y una garantía de las libertades. De todos modos, ese aspecto del panorama político es decisivo. Le agrade o no, use el nombre que guste, el Presidente está llamado a ser un mejor **político** para sortear los problemas que las tendencias actuales suscitan, como lo ha demostrado en su discurso en el Comando en Jefe del Ejército. "Política" debe ser su disposición y capacidad para apreciar las mejores soluciones posibles. Política su aptitud para corregir sus equipos y cambiar sus colaboradores según lo aconsejen las circunstancias. Si habrá de tener éxito en el poder, será en cuanto político, no en cuanto militar. El "training" del Presidente es importante y gravitará en el futuro. Pero será necesario que muchas cosas afines quizá con su mentalidad sean sacrificadas en aras de una más correcta, moderna y eficiente apreciación de las formidables potencialidades de la Argentina contemporánea. ("Cree también que puede ser dichoso el príncipe cuyo modo de proceder se halla conforme con la condición de los tiempos, y desgraciado aquel cuya conducta no se ajusta a la época". Maquiavelo. El Príncipe.) **C. T.**

LA MUERTE DEL "CHE"



La sensacional noticia, rodeada de matices tétricos, explotada con habilidad desapareja y en una escenografía tan cruel como la que sirve de fondo a este drama latinoamericano, tiene por sí misma el valor de un argumento. La muerte del "Che" Guevara, el casi legendario guerrillero argentino al servicio de Castro ha puesto de relieve el valor que supone la vida de un militante y la escasa posibilidad del guerrillero cuando tiene enfrente un ejército relativamente eficaz y en su contorno un pueblo indiferente ante su osadía. Porque la muerte del "Che" ha sido, desde todos esos ángulos, ejemplar. Todo indica que vivió su vida, que es una manera de decir cuando la vida que se vive no es la ordinaria, y que murió en su ley. En este sentido, fue la estampa del **militante**, sometido a la tensión permanente entre la teoría y la acción, que en última instancia encuentra en ésta la justificación de las deficiencias ideológicas; que no tiene matices para juzgar la realidad ni acepta las filigranas que el prójimo traza frente a nosotros.

La otra faceta de esta muerte es la que se vincula a los hombres de armas del gobierno boliviano, y al contorno en que los hechos se dan. El ejército boliviano, que comenzó la campaña antiguerrillera en franca desventaja a raíz de su armamento ordinario y de menor alcance y perfección que el enemigo, recuperó posiciones rápidamente cuan-

do se lo situó en un plano de relativa igualdad. La muerte del "Che" resulta, pues, una demostración de eficacia difícilmente neutralizable por quienes engendraron el mito. Y en esto se comprueba cómo los mitos son, al fin y al cabo, ambivalentes: sirven a quienes lo erigen, pero también son capaces de caer sobre ellos con todo el peso de su historia.

Y la muerte del "Che" es ejemplar, también, por todo lo que supone o lo que deja entrever la localización de los guerrilleros y la "batida" consiguiente. Este es el punto en que una evaluación objetiva se impone: ¿qué posibilidades tienen las guerrillas compuestas por extranjeros e intelectuales, en un medio hostil en el que la comunicación es muy difícil, habida cuenta de la idiosincrasia de sus habitantes? ¿En qué medida los guerrilleros sometieron la realidad a su fantasía? ¿Hubo traición o delación? ¿Y si se dieron, fueron los "imperialistas", gentes del pueblo, o miembros del partido Comunista especialmente preocupados por lo que significaría para ellos un triunfo guerrillero? Pueden multiplicarse los interrogantes. En todo caso, la muerte del "Che" nos parece el punto de partida para una reubicación del problema guerrillero en América Latina, lo que significa ponerlo en su quicio y, al propio tiempo, soslayar la tentación por la esquizofrenia.

C. T.

A LA CONQUISTA DE LO HEROICO

La muerte del "Che" Guevara ha impresionado de una manera especial a los argentinos. Por dondequiera, en Buenos Aires, en Córdoba, en Tucumán, encontramos parientes próximos o lejanos del líder desaparecido. El apellido Guevara Lynch, estrechamente vinculado y emparentado con familias tradicionales de nuestra tierra, lo explican. Su acción guerrillera por el continente, su menguada salud, su idealismo revolucionario hasta dar la vida por una causa, im-

pacta en forma notable a la mayoría de la juventud.

El cadáver expuesto a la consideración pública, más que mover a venganza, como en otro tiempo el cuerpo de Villarreal colgado de un farol público, ha movido a compasión. Su recio perfil con su típica barba, a la vez desgredada y elocuente, mensaje de una idea y de una consigna, hacen conmover las entrañas de los hombres y palpar los corazones sensibles de las mujeres. Se ha llegado a com-

pararlo con Cristo yacente, con San Martín o con los héroes patrios. También fueron rebeldes, dicen, y asimismo murieron combatiendo por la causa.

Nuestra juventud contemporánea está hambrienta de héroes. En la era actual, solamente dos hazañas despiertan la admiración universal por sus características épicas: las aventuras espaciales de los astronautas y las conquistas arriesgadas de los guerrilleros.

En los tiempos normales y rutinarios de la vida de las naciones se nota una carencia de objetivos para los hombres con pasta de héroes. La era de los descubrimientos, la era de las conquistas, la era de las exploraciones de lo desconocido, son épocas llenas de alicientes para la juventud valiente y arriesgada. Nuestro planeta, atestado de hombres, donde todos se pelean por un pedazo de suelo, incita a los más audaces a surcar el espacio en busca de nuevos horizontes y de nuevos terrenos para descubrir y conquistar.

En nuestro continente americano, lleno todavía de tierras vírgenes, han hallado campo propicio para la palestra los nuevos idealistas.

Un puñado de hombres impulsados por una idea, en medio de una selva impenetrable y bravía, es capaz de hacer frente a legiones organizadas provista de todos los medios defensivos modernos. Semeja al explorador en medio de animales salvajes que consigue salir ileso, o con la bestia a la rastra.

La admiración y el culto al héroe se incuba más que por el modo de su vida austera y valiente, por el empecinamiento tenaz y perseverante que por la idea que sustenta.

El mismo ser humano, con la misma idea, en medio de las grandes ciudades, acorralado por la policía y acribillado a balazos, no despierta la admiración de lo heroico. Pero allí en la selva, frente a los peligros, sólo con sus astucias y su menguado alimento, expuesto además a todas las asechanzas de la naturaleza, hacen que la opinión pública se vuelva en defensa del hombre indefenso, del solo, del abandonado a su propia suerte. Entonces parece que su ideal cobra visos de causa justa, de realidad suficiente como para justificar tanto sacrificio, tanta renuncia del confort ciudadano. Entonces hasta las señoras de la alta burguesía, que en otros casos hubiesen sentido amenazadas sus vidas por el peligro comunista, sean las primeras defensoras empcionadas de tanto heroísmo de tanto sacrificio, de una causa posiblemente justificable.

Sin embargo, curiosa coincidencia, desde que el literato-periodista Regis Debray fue apresado y empezó a llevar su vida rutinaria en la cárcel, se puso al descubierto la existencia del misterioso comandante "Ramón". Aunque después lo negó, puso sobre la pista a los sabuesos que habían de atraparlo un día no lejano.

Por ese tiempo también los campesinos bolivianos que antes parecían haber creído en la misión libertadora de sus amigos extranjeros, empezaron a mezquinarse su apoyo, a delatarlos, a señalar sus pasos. Para ellos habían dejado de ser seres misteriosos y heroicos. El periodista defendido por abogados, por el Presidente de una Nación, por toda la prensa internacional y por el padre y la madre, ya no es el

héroe indefenso que despierta admiración a los pueblos que esperan libertad. Ha desaparecido el mito y deja paso al hombre lleno de limitaciones y miserias que necesita de los auxilios legales para salvar su vida. Similar frustración de heroísmo sufrieron, en su momento, los anticastistas, cuando los expedicionarios cubanos, que desembarcaran en la bahía de Cochinos, fracasaron en su intento de liberar a Cuba de los comunistas y fueron apresados por el enemigo. Un grupo de millonarios norteamericanos ofreció a los padres de los cautivos pagar el importe total del rescate si ellos lo permitían. Todos los padres de los jóvenes expedicionarios, menos dos, se negaron a recibir el dinero del rescate. Prefirieron que sus hijos fuesen víctimas y pudiesen sellar con sangre, si era necesario, el ideal que habían defendido. El heroísmo de los padres de los cubanos quedó frustrado, y también el mensaje de los hijos, cuando el gobierno americano cambió a los prisioneros por dos mil tractores para el gobierno de Fidel Castro. El Che Guevara tuvo la suerte de ser muerto por la causa, pasó a ser el mito de América, de la liberación del proletariado. Según se dice, la orden era capturarlo vivo. De esta manera el pivote mitológico, manejado desde La Habana con un estratégico sentido de la publicidad, haciendo aparecer y desaparecer su nombre cuando la oportunidad política lo exigía, alentando el carisma de la invulnerabilidad, el misterio, la superstición de lo fantasmagórico, se hubiera convertido en un preso más, cuyas hazañas evaluaría la historia a la distancia del tiempo.